

Un sueño y una vocación

Antonio López López

Publicación	Torre de los Lujanes, n.º 73
Fecha	Madrid, septiembre de 2019
Páginas originales	139-145
Tipo documental	Relato histórico y divulgativo
ISSN	1136-4343
Identificador	TDL-73-2019-139-145

RESUMEN DOCUMENTAL

Relato enmarcado en una reunión familiar en la que un niño, después de escuchar la vida de Galileo Galilei, sueña con el conflicto entre el científico y sus perseguidores. La narración recorre sus descubrimientos astronómicos, la defensa del heliocentrismo, el proceso inquisitorial, la abjuración, el arresto domiciliario y sus últimos trabajos junto a discípulos como Viviani y Torricelli. Al despertar, el niño reconstruye la historia y expresa el deseo de estudiar física y matemáticas. El texto presenta la biografía de Galileo como ejemplo de curiosidad, resistencia intelectual y nacimiento de una vocación científica.

PALABRAS CLAVE

Galileo Galilei · vocación científica · Inquisición · heliocentrismo · historia de la ciencia · divulgación

CITA BIBLIOGRÁFICA

Antonio López López. "Un sueño y una vocación". Torre de los Lujanes, n.º 73, 2019, pp. 139-145. ISSN 1136-4343.

Nota: el resumen y las palabras clave son descriptores documentales generados para facilitar la búsqueda y no sustituyen un resumen firmado por el autor.

UN SUEÑO Y UNA VOCACIÓN

Antonio López López

Había yo sido invitado a cenar a casa de un matrimonio amigo. Llegué, como estaba previsto bastante antes de la hora fijada para la cena. Al hacerlo, supe que el pequeño hijo de la familia, de ocho años, se encontraba con alguna dolencia sin mayor importancia. Pero la prudencia, y la recomendación médica, hizo que se encontrase en cama, si bien que despierto.

Como yo era un viejo conocido de la familia, el muchacho también me recibió con no poca alegría. No sólo eso, sino que exigió que mientras los padres terminaban de arreglar otros asuntos, y preparaban la mesa, yo estuviese con él en su habitación y le contase alguna de las historias con las que de siempre, yo como narrador y el como oyente, ambos disfrutábamos juntos.

Así lo hice también esta vez, sólo que un compromiso telefónico inesperado del padre, me permitió prolongar mi reunión con el hijo. Pasó bastante más tiempo del previsto; el interés del muchacho quedaba reflejado en la abertura de sus ojos. Y aunque estos lucharon valientemente con el sueño, tuvo que reconocer ya al final del relato, que este era más fuerte. Había pasado más de una hora, y el niño dormía plácidamente.

Al fin cenamos, tras lo cual mis amigos y yo entramos en una agradable conversación de sobremesa en torno a sendas y apetecibles tazas de te y café. Hablábamos sobre nuestros proyectos para el futuro inmediato, tanto a nivel profesional como al del asueto. El hijo de mis amigos, como ya queda dicho, descansaba tranquilamente en su estancia.

La reunión transcurría normalmente. Pero de repente, desde la habitación del niño, salió un angustioso grito que por un brevísimo instante nos paralizó a todos. De inmediato nos

lanzamos hacia la estancia desde la que continuaban los desesperados alaridos. Mas que correr volamos los tres a través del pasillo. Al fin al llegar y encender la luz, vimos al joven sentado en la cama víctima de lo que sin duda era una pesadilla. En su padecimiento, el niño gritaba con fuerza:

¡No; miserable Belarmino: Tu eres quien irás a la hoguera!. -

Mi amigos, tras abalanzarse sobre el hijo lograron despertarle, y con dulces palabras de consuelo, le volvieron a la vigilia. Restablecida la calma, los padres preguntaron a su retoño: - ¿Quién es ese Belarmino? -.

Entonces lo comprendí todo. Pero cuando iba a entrar en la explicación que aclararía el lance, el muchacho, ya completamente restablecido, y no sólo eso, sino con evidentes muestras de gozosa energía en su rostro se me adelantó diciendo:

Cuéntales lo que me has contado a mí. Cuéntaselo para que se enteren mis padres. ¡O no!. ¡No!; mejor se lo cuento yo. No os vayáis, pidió a sus padres. Es la mejor historia que he oído nunca. Vosotros no lo sabéis. Pero

... sentaros en la cama que yo os la voy a contar como me la ha contado Antonio, - (ese es mi nombre).

A pesar de las protestas paternas, y mías, apelando a lo avanzado de la hora, no hubo forma de hacer desistir al joven narrador. Así que el padre y yo en sendas sillas, y la madre junto al hijo en el borde del lecho, con sus expresiones infantiles, y mirándome de reojo con una seña inquisitiva cada vez que necesitaba recordar algún nombre, oímos al niño narrar la siguiente historia.

Hace muchos años nació en una ciudad de nombre Pisa, y que está en Italia, un niño al que sus padres llamaron Galileo. La familia era bastante pobre. El padre era comerciante con la lana. Pero, de verdad, era músico. Él mismo hacía los instrumentos que tocaba. El hijo, Galileo, le ayudaba en esos

trabajos. Como la pobreza era grande, el padre tuvo que irse a trabajar a Florencia, que es otra ciudad de Italia. Cuando pudo se llevó a la familia con él. Así pudo mandar a Galileo a estudiar con unos monjes a un monasterio. Esos frailes se dieron cuenta de que Galileo era muy brillante, porque había aprendido muy rápidamente griego, latín y sobre todo matemáticas. Así que quisieron que se hiciese sacerdote.

Pero esto no le gustó al padre, por lo que sacó del monasterio a su hijo y lo envió de vuelta a Pisa. Allí trabajó, como antes lo había hecho el padre, en el comercio de la lana. Pero eso no le gustaba. El quería estudiar. Cuando tuvo la edad de diecisiete años, pidió permiso al padre para estudiar en la Universidad de Pisa. Este se lo concedió, pero para que se hiciese médico. Galileo empezó a estudiar medicina. Pero un día entró por error en una clase de matemáticas, y fue tan hermoso lo que vio y oyó, que decidió abandonar a Galeno. Le costó mucho convencer al padre para que aceptase ese cambio.

En su nueva clase Galileo destacó de inmediato por su agudeza. Pero precisamente esta superioridad le hizo antipático a muchos de los profesores de la Universidad de Pisa. ¿Sabéis algo muy importante que pasó?. A ver;

¿verdad que si os preguntan qué cae mas deprisa, una inmensa bola de hierro, o una hoja de papel?. ¿Verdad que contestaréis que la bola de hierro?. Eso pensaban todos en la Universidad, porque allí todos decían lo que había dicho muchos años antes un griego Aris ... Aristóteles.

Pues una tarde en que cayó una gran granizada en Pisa, Galileo observó que la piedras de nieve congelada más grandes llegaban al suelo al mismo tiempo que las casi diminutas. ¿No deberían llegar antes las más grandes?.

Otra tarde mientras estaba oyendo misa en la catedral, tenía por casualidad la mano derecha apoyada en el pecho, sobre el corazón. Vio que una lámpara que colgaba del alto techo, osci-

laba y lo hacía a la par que él notaba los latidos de su corazón. Así se le ocurrió la idea de fabricar el reloj de péndulo para medir el tiempo.

La gran preparación de Galileo hizo que, a pesar de ser un estudiante más, las familias de los demás alumnos le contratasen para que diera clase a sus hijos, que eran a su vez sus propios compañeros.

Esa superioridad de Galileo, y su costumbre de preguntar la causa de muchas cuestiones, negándose a aceptar como respuesta el que eso era así porque así lo decía Aristóteles, despertó la envidia de muchos de los profesores de la Universidad de Pisa. Aunque ellos decían, para no reconocerlo, que el joven Galileo, con su actitud, rechazaba lo que aceptaba la Iglesia de Roma. Por lo tanto a los tres años echaron a Galileo de la Universidad.

Al volver a Florencia, se vio obligado a seguir dando clases particulares de matemáticas para ayudar a la familia. Al mismo tiempo él seguía estudiando con libros que le enviaba un profesor amigo desde Pisa. De esta forma, después de algunos años, ya era un gran matemático. Entonces, un hombre con mucho dinero, de nombre muy raro, Guidobaldo del Monte, le ayudó para que volviera a la Universidad de Pisa, pero esta vez como profesor.

Allí Galileo volvió a destacar por sus conocimientos, y también por sus enfrentamientos con la autoridad académica y eclesiástica. Galileo decía que la Tierra se mueve por el espacio, y muy deprisa. También decía que, si no hubiese aire, una gran bola de hierro y una hoja de papel, dejados caer desde la misma altura, llegarían al suelo al mismo tiempo. Por esto se reían de él, y por decir que la Tierra se mueve, le llamaban hereje. Cuando terminó su contrato lo volvieron a echar de la Universidad de Pisa.

¡Ah!, pero otra vez el mismo señor de antes, vuelve a salvar a Galileo. Ahora consigue que lo nombren profesor de la Universidad de Padua, que era mucho más importante que la de Pisa. Aquí, en Padua, al fin logró demostrar que la bola de hierro y la hoja de papel llegarían al suelo a la vez si no hubiese aire, y fuesen dejados caer desde la misma altura. Y no sólo eso, sino que encontró la fórmula matemática con la cual controlaba cómo caen los cuerpos.

También descubrió cómo se mueven las balas de cañón cuando las disparan. Con un telescopio descubrió muchas estrellas y montañas en la Luna. Y que igual que la Luna es un satélite que acompaña siempre a la Tierra, lo mismo sucede a otro planeta llamado Júpiter, solo que Galileo vio cuatro satélites. Todos esos descubrimientos no iban gustando a bastante gente que pensaba que Galileo estaba negando que existiese Dios.

Sobre todo en Roma había un hombre llamado Roberto Belarmino, que tenía mucho poder, y que odiaba a Galileo y a sus amigos. A uno de ellos, Paolo Sarpi, casi lo mataron unos asesinos, con toda seguridad enviados por Belarmino. Este hombre hizo que quemasen vivos a muchos que pensaban como Galileo.

Además Galileo tuvo tres hijos con una mujer, pero no estaba casado con ella. Y eso también hizo que le consideraran un gran pecador. Pero en Padua Galileo hizo la mayor parte de sus descubrimientos. Escribió algunos libros en los que decía que en la Luna pasa como en la Tierra, hay montañas y barrancos. También decía que en otros sitios del Universo podía haber personas. Entonces las amenazas fueron en aumento, por lo que Galileo pensó en dejar la Universidad de Padua para irse a Florencia. Allí creía que podría trabajar más tranquilo.

Hubo gente malvada que encizañó todo lo que pudo para que el miserable Belarmino hiciese ir a Galileo hasta Roma. Allí

le advirtió de que sino dejaba de escribir y decir las cosas que escribía y decía, le mandaría a la hoguera.

Galileo cayó enfermo. Pero tuvo la ayuda de una de sus hijas, de algunos de sus estudiantes, y también de bastantes frailes, pues no todos en la Iglesia estaban de acuerdo con Belarmino. Pero la situación seguía siendo peligrosa.

Un día murió Belarmino, y poco después nombraron Papa a un hombre que había sido amigo de Galileo en Pisa cuando eran jóvenes. Al principio eso ayudó a que Galileo se sintiese más seguro, y volviese a escribir y publicar. Pero otra vez las malas gentes volvieron a intervenir. Con mentiras convencieron al Papa, que se llamaba Urbano VIII, de que en sus libros Galileo, además de decir herejías, le usaba a él para ponerlo de tonto y retrasado. El Papa creyó esas mentiras y mandó venir a Galileo para juzgarlo en Roma. El juicio no empezó nada más llegar a Roma. Estuvo esperando bastante tiempo. Mientras tanto, para hacerle sufrir, le iban dando noticias sobre los herejes que estaban siendo quemados vivos.

Por fin empezó el juicio, y para que no le condenaran a muerte en la hoguera, le hicieron firmar un documento en el que reconocía que todo lo que había descubierto era falso, y que se comprometía a denunciar a cualquiera que siguiese con ese mismo trabajo.

Galileo estaba muy enfermo. Pero no todos en la Iglesia estaban en su contra. Hubo un Arzobispo que le acogió con mucho cariño en su palacio de Siena. Le fue permitido ir preso a su casa en un pueblo, Arcetri, muy cercano a Florencia. Allí con la ayuda de una de sus hijas, Virginia, que era monja, y la de sus mejores alumnos, siguió trabajando en secreto. Cuando ya parecía que su salud se recuperaba, sufrió el terrible golpe de la muerte casi repentina de Virginia. En Arcetri no había médico, y desde Roma el Papa negaba el permiso a Galileo para acudir a Florencia en donde sí lo había. Galileo ya estaba ciego. Pero sus alumnos, Vincenzo Viviani y Evangelista Torricelli, entre

otros le ayudaron a poner en orden sus trabajos y terminar otro de los grandes libros de la ciencia.

Ese libro fue publicado fuera de Italia, por lo que los enemigos de Galileo, volvieron a malmeter al Papa para que este hiciese llevar encadenado a Galileo a Roma. Pero la muerte evitó este último golpe. Galileo murió. En esos momentos, estaba acompañado por un hijo varón que tenía y la mujer de éste, el sacerdote que le dio la extremaunción, y sus dos alumnos Viviani y Torricelli. ¡Ah!, ¡se me olvidaba!, y dos miembros de la inquisición que siempre le estaban vigilando.

Tampoco quiso el Papa que enterrasen a Galileo junto a su padre.

Aunque bastantes años después se cumplió su deseo. ¡Esto es todo!-.

Así terminó el relato que nos hizo el joven ya aparentemente repuesto de todo mal. Estaba eufórico. Y entonces, cuando aún teníamos los mayores ese entusiasmo contagiado, y nos disponíamos a abandonar la habitación, gritó con decisión:

¡Papá, tenemos que ir a Pisa, a Padua, a Florencia, a Roma y a Arcetri.

Yo quiero ser como Galileo. Quiero ser físico y matemático!.

Al regresar aquella noche a mi casa, tomé uno de los libros de mi biblioteca en que aparecía la efigie de Galileo, y sonriendo le dije:

¡De qué bonita manera has convertido un sueño en una vocación!